

NIÉGUESE A SÍ MISMO (Mt 116,21-27)

En aquel tiempo, ²¹ Jesús comenzó a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. ²² Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» ²³ Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» ²⁴ Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. ²⁵ Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. ²⁶ Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida? ²⁷ «Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta.

No siempre, en la liturgia de la Palabra, seguimos un texto detrás de otro en forma numérica. Sucede raras veces, como en este domingo. Pero ya al siguiente, se saltará hasta el capítulo 18 (del capítulo 17 solo se proclamó el texto de la Transfiguración). Pero no nos desviemos de camino y ni nos dediquemos a especulaciones litúrgicas.

«Tú eres el Mesías» (16,16), dijo Pedro mirándole a los ojos al Maestro y sin parpadear. Y nosotros lo oímos el domingo pasado. Y no solo eres el Mesías, eres además «el Hijo del Dios vivo» (16,16). Lo dijo y lo recalcó el pescador de Galilea. Y con esta última declaración subrayó su divinidad, la divinidad del carpintero de Nazaret, la divinidad de su Amigo, de aquel que estaba parado justo delante de él. Es increíble que un hombre reconozca en otro hombre, su condición divina. Es increíble que un pescador analfabeto trate directamente con la divinidad, con el Hijo, con el único Hijo, de nuestro Dios. Es increíble también que unos cuantos hombres hayan convivido durante tres años con la mismísima divinidad. Increíble. El misterio de la esencia del cristiano, de todo bautizado, no es sino su trato cercano y personal, amical y filial, humano y divino con el mismo Señor. Misterio y cúspide de cualquier relación verdadera y sincera. ¿Qué más se puede aspirar durante esta efímera existencia terrena? Y ojo, repitémoslo una vez más. Aquel día, en Cesarea de Filipo, Pedro no hizo una profesión de fe intelectual sino real. No hizo una profesión de fe teórica, sino fue fruto de una experiencia verdadera. Porque el rudo y torpe pescador experimentó, días antes, durante una noche tenebrosa y desconcertante la verdadera salvación, cuando cogió la mano del Mesías. Así, el Nazareno fue su Salvador. El Maestro fue su Mesías. Y no solo aquella noche oscura. Fueron muchas otras veces más, sobre todo después de la cruz y después de la resurrección.

Cefas

En aquel día, en aquel momento perpetuo, que sucedió entre amigos, en un grupo tan pequeño de personas (trece), Pedro consolidó una amistad con el Maestro. Pues, Jesús no solo le llamó a él y solo a él, «bienaventurado Pedro» (no existe en todo el evangelio de Mateo otra persona a quien Jesús le llame *makarios*, «bienaventurado») sino que además, el Maestro le dijo algo que tampoco lo volvió a repetir a ningún otro hombre sobre esta tierra: eso que has dicho, maravíllate Pedro, «te lo ha dicho mi Padre que está

en los cielos» (16,17). Conclusión, el único de todo el grupo que tuvo una relación especial con Jesús fue Pedro. Es más, el único que tuvo una relación íntima con el Padre fue Pedro. Lo reveló Jesús. Los otros Once estaban lejos de este tipo de relación. Lejos, pero no privados de esta relación. Cualquiera de los Once, igual que cualquiera de nosotros, puede llegar a ser otro Pedro. Y aquellos llegaron a ser otro Pedro. ¿Y tú?

Aprovechando de esta relación íntima con el Maestro, Pedro, aquel día especial y eterno, le demostró su afecto apenas pudo. Le mostró su afecto, aunque se equivocó. Ves, todos somos Pedro. Pues, unas veces bien, otras mal. Una vez achuntamos y otra nos equivocamos. Todos somos Pedro. Pero, Pedro, ¿en qué sentido?

Es difícil comentar este texto en forma separada. Aquel día memorable, donde se enabla un diálogo inmortal, apenas el Maestro le llamó bienaventurado a Pedro y le reveló su relación profunda con el Padre, reveló también sin acertijos su destino inminente, tal como lo acabamos de escuchar: El morirá pronto – lo dijo a sus amigos – en la cruz, pero resucitará (16,21). Lo dijo a los Doce, pero los Once estaban distraídos. Solo Pedro captó bien la frase. Pero no tan bien, como le sucedía siempre. Captó la mitad. «Jesús morirá...». No llegó a escuchar la segunda parte: «que él resucitará» (21). Y como todo buen amigo frunció el ceño. Pues si tu amigo del alma dice, «voy a morir», y si lo quieres mucho, obvio que le interrogas, le previenes, le llamas la atención y le das sugerencias. «¿Qué dices?», «¿Por qué hablas así?», «No digas tonterías»... Y eso fue precisamente lo que hizo Pedro. Y lo hizo con un gesto amical sincero. Lo cuenta Mateo: «Llevándolo a parte, se puso a reprenderle...» (22a). Le enojó al Maestro, a solas. Sin que vean los otros, como buen amigo. Le enojó, «sin saber lo que decía» (Lc 9,33c), como siempre. La criatura increpando al Creador. El hombre reprendiendo al Señor. El pecador regañando al Santo. Sin embargo, detrás de este gesto, existe un amor sincero por su Amigo. Pedro muestra su interés y preocupación, a diferencia de los otros. Sin embargo, un vez más, Pedro debe ser corregido.

Detrás de mí

La reacción del Maestro es desconcertante, e incluso inadmisibles. Seamos sinceros, hombres pecadores. No puedes decirle a uno que quiere tu bien: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí...» (23b). Por eso, estos dos términos merecen toda nuestra atención.

«¡Quítate de mi vista...». No sé quién introdujo esta clásica expresión. Intenté perseguir al autor, pero sin logro alguno. La mayoría de los biblistas se empeñan hoy en corregir la frase griega, *hypage opisō mou*, que significa literalmente: «Anda detrás de mí...», en este caso, «Satanás» (23b). Esta misma expresión lo usa Mateo en: «Aquel que viene *detrás de mí*, es más fuerte que yo» (3,11); «si alguno quiere venir *detrás de mí* (ser mi discípulo), niéguese a sí mismo» (24b). Frase que se halla en el mismo texto de hoy. ¿Qué quiere decir, entonces, todo esto? Ser discípulo del Maestro consiste en caminar «detrás de él» (23b). En cambio, Satanás busca caminar delante del Maestro. Pongamos un ejemplo. Pedro, buena gente, buscó anteponerse al Maestro. Le aconsejó a Jesús a desviar de camino. Él que caminaba hacia la cruz: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» (22b). Pedro no entendía nada. Es más, no solo le aconsejaba diversamente, sino él quiso morir en lugar del Maestro (Mt 26,35). Pedro pretendía persuadirlo, y cuando no pudo, él intento dar su vida por el Maestro. O sea, Pedro no entendió nada de nada. Porque no fue Pedro quien tenía que morir por Jesús, sino al revés. No era Pedro el que debía morir en la cruz. No era Pedro el que tenía que salvar al mundo, incluido al Nazareno, en la cruz. No era Pedro, quien tenía que cargar los pecados del

mundo (Jn 1,29). No era Pedro. Sin embargo, Pedro quiso organizar los planes de Jesús. Él quiso dictar la agenda del Maestro. Pedro, una vez más se equivocaba. Sin querer queriendo se estaba convirtiendo en «piedra de tropiezo» (*skandalon*) para el Maestro. Él, en cambio, igual que nosotros, tenía que ser salvado. Él necesitaba de la salvación de la cruz. Tú necesitas caminar «detrás» del Maestro, no delante. Eso es diabólico.

No busques ejemplos lejanos sobre este punto. Es verdad, hay muchos ejemplos. Pero revisa tú mismo tu operar. Muchos nos antepone al Maestro sin escucharlo. Muchos caminamos delante del Él, sin entender su mensaje. Es como aquel predicador que predica sin prepararse. Una vez un joven sacerdote me reveló un detalle similar. «Es curioso – me decía – nunca he leído o estudiado la carta a los Hebreos y cuando me todo explicarlo, lo explique sin dificultades...». Peligroso. Muy peligroso. ¿Habrás explicado lo que realmente quiso decir el autor? O ¿Habrás transmitido sus propias ideas? ¡Detrás de mí! ¡Camina detrás de mí! dice el Maestro. No es fácil caminar *detrás* del Maestro. Fácil es imponer tus ideas. Pero ¿serán las ideas del Maestro?